

Vocación de silencio: hallar luz en la claridad

Manuel Becerra Salazar



Fotografía: Elena Juárez/ Coordinación Nacional de Literatura-INBA

SIEMPRE ES NECESARIO HABLAR sobre el primer libro de un autor. Es indudablemente una invitación a un viaje inicial donde, más allá de los titubeos naturales de los jóvenes arrebatos o la presencia aún evidente de otros poetas, siempre permanece el origen de un detonante, ese motivo indescifrable que llevó al autor al camino de la escritura.

Uno es joven, y parafraseando al poeta Rubén Bonifaz Nuño, en la juventud uno está ávido de necesidades. La poesía, antes que cualquier cosa, es una necesidad. “A lo mucho oímos voces”, dice el chileno Gonzalo Rojas, pero el sólo hecho de *escuchar* o creer que estamos frente a un dictado, un posible acto de automatismo, es ya suficiente para dar rienda suelta a toda una posible serie de obsesiones, ideas, imágenes que pueden incluso persistir durante toda la obra que vendrá después.

En este caso, en *Vocación de silencio*, primer libro de José Francisco Conde Ortega, publicado en 1985 por la Universidad Autónoma Metropolitana, se siente prematuramente una poética que continuará, con sus evoluciones, a lo largo de sus poemarios posteriores. La noche, el desamor, el amor nocturno, la nostalgia, el olvido son temas que fascinan y por los que se apuesta en cada una de sus páginas.

José Francisco Conde tiene la virtud para elegir certeramente, y con una fuerte carga de belleza, cada uno de los títulos de sus libros: *Para perder tus ojos*, *La sed del marinero que regresa*, *Los lobos viven del viento*, *Estudios para un cuerpo* y, particularmente seductor, *Fiera urgencia del día*, entre otros.

Por ejemplo, de este último seducen las posibilidades y variantes de lectura que existen. *Fiera urgencia del día*: el sol detenido en su transcurso, quizá bajo nuestros pies; el verso dictado por un insomne, un “sin consuelo”; o sencillamente un momento que estará sucediendo para siempre en la sombra.

Y *Vocación de silencio* no es la excepción en cuanto a la sonoridad para elegir el título de un libro. En este poemario, los versos transitan sobre una música lenta; se defiende la parsimonia del poema ante la impaciencia del mundo exterior y cada poema está escrito con la minuciosidad detallista de un orfebre; respeta el espacio del texto y no lo ensucia con esta realidad, la realidad paralela y propia del verso. Este ritmo es palpable a lo largo de toda su escritura.

Literalmente, José Francisco Conde Ortega es también un poeta que va sin prisa por el curso literario. No se precipita ante los cambios ruidosamente “radicales” de la poesía ni con la saturación de los medios nuevos, premios y otras ofertas que muchas veces sirven como fuegos fatuos o cantos de sirena —“nadar sabe mi llama al agua fría”, escribiría Quevedo—. Es un transeúnte en pleno tumulto que sabe mirar y se da el lujo de detenerse sin preocuparse por la multitud que viene detrás. Lo antecede la honestidad del oficio.

El crepúsculo, la luna llena, octubre, la palabra silencio, los cabellos a luz de un recuerdo son cuadros

recurrentes a lo largo de todo el libro. Una paloma aparece en “Un poema de la tarde”, “Lejos del día 13”, “Sólo en líneas generales”, y sin embargo, nunca es la misma.

En poemas como “La muchacha del metro”, el poeta paga una deuda literaria con “La muchacha ebria” del cocodrilo mayor, Efraín Huerta. Algo parecido pasa con “Sólo en líneas generales” donde vuelve a reconocer con un guiño sutil a ese mismo mentor literario, ya desde ese tiempo:

Platicamos, a veces,
sobre cosas triviales
y aparece nuestro miedo:

hablamos —como Sandra, Efraín—
sólo en líneas generales;
y de nuevo la mudez de nuestras manos,
el abismo en tus ojos de paloma:
esa ausencia de tus manos como nubes.

Con el poema “*Permagnum*” el poeta abre una puerta para anunciar un concierto distinto. La siguiente parte, y con la que finaliza el libro, está conformada por siete sonetos. Esto no es sorprendente si tenemos en cuenta que se trata de un libro donde se cuida la cadencia de cada uno de sus versos. El endecasílabo existe con libertad. En el poema “Nosotros”, el lenguaje es el protagonista, pero es un lenguaje del cuerpo, el del amor probable, un idioma silencioso en código visible sólo para el amante:

Hay un idioma que los dos sabemos:
es una lengua antigua, tan sencilla
como el viajero fiel que ve la orilla
en una barca sin timón ni remos.

Con el soneto “Clausura” deja para el cierre la mejor de sus cartas: un soneto escrito bajo un consciente dominio sobre la estructura y la rima. Está escrito con una rima consonante que permite entramar los dos primeros cuartetos entre sí. De esta forma, el primer verso hace

eco con el primero del segundo cuarteto, y el segundo verso, con el segundo verso del segundo cuarteto. Es decir, el segundo cuarteto es una red de armonía donde recae el eco de todas las rimas de la primera estrofa.

Del mismo modo, en los dos tercetos que le siguen se entretejen los versos cadenciosamente. El primer verso del primer terceto rima con el que le sigue y deja al tercer endecasílabo, de ese primer terceto, hacer eco sobre el verso final del poema. Pero más allá de la forma, “Clausura” es un poema hecho para leerse más de una vez. Es un recuerdo que lucha por serlo apostando a la memoria, y esta vez a la memoria escrita. Es una despedida, una forma de hacerse fantasma “a fuerza de palabras”.

Zarparemos los dos cualquier mañana
por los mares poblados de violetas:
borearemos las llamas de tus ojos
el lento mar será una tumba gris

sobre mi escasa voz y tu mirada.
Partiremos, amor, por otros rumbos
que no serán ya más los de nosotros;
amor, en otro otoño no estaremos.

La tarde buscará otra vez el ruido
de la gente: las cosas que dijimos:
el agua más remota del recuerdo.

Tu clara voz perdida en esos mares
que agotamos a fuerza de palabras.
Y no estarás, amor: ya no estaremos.

En el arte mayor —el soneto en este caso— difícilmente puede quedar un cabo suelto. Y no es porque así “deba” de ser, sino porque las piezas a armar del modelo simplemente no asegurarían un progreso si algo anterior está fallando. El soneto es un pequeño mundo donde entran al juego un pertinente sentido de la música, el oído, el significado, el curso de la palabra y, de nuevo, un oído alerta al menor movimiento del lenguaje. No

fue en vano que Gilberto Owen escribiera en *Simbad el varado*, bitácora furiosa, dos de sus dos endecasílabos más contundentes: “me quedaré completamente sordo; / haré versos medidos con los dedos”.

Todo *Vocación de silencio* está cimentado sobre versos breves. Se escribe con la aparente sencillez de una conversación, esa sencillez que tanto cuesta llevar a cabo de manera triunfante en la poesía. Pensar que a más oscuridad y hermetismo más materia poética es un error muy común. La creación literaria certera, clara y precisa les infunda a la mayoría de los poetas un temor muchas veces inconsciente para sentir que el poema es “menos” si no se cubre de imágenes puramente ornamentales y ajenas a la necesidad inicial. En esto se pierde la verosimilitud y la idea original del texto. He ahí la complejidad de hallar luz en la claridad.

Por esta razón, *Vocación del silencio* está unido por la misma vena a otro libro evidentemente cercano a su lirismo en cuanto a medida y lucidez —y he aquí de nuevo Rubén Bonifaz Nuño—: *As de oros*. Libro donde definitivamente la claridad para nombrar las cosas es fundamental para hallar la revelación.

Finalmente la poesía es un ejercicio de introspección, un sueño colectivo. No hay sitio más adecuado que el silencio para estar, casi peligrosamente, a solas con nosotros mismos. Esto no significa que estamos solos. Tenemos la respiración y los pensamientos difíciles de callar; la posibilidad de conocer, *sentir*, la presencia de la sangre: ese fluir delicadísimo que sigue su curso por el cuerpo y atraviesa sin daño las venas del corazón. La poesía, que está llena de voces, continúa siendo un ejercicio de introspección: sucede en el silencio a través del tiempo. La poesía es un trabajo que se hace desde la soledad y en defensa de ésta y por tal razón logra que el lector sea atraído hasta el punto de sentir suyo lo que lee. Entonces escribir o leer poesía es un acto de soledad compartida. ¿Qué hay entonces en *Vocación de silencio*? Está la exposición de un universo sonoro que ha iniciado sin fecha de término. Hay una soledad gemela, un silencio donde estamos, y no, completamente solos. 